

UNA ROSA DE HIELO

UN CRUDO INVIERNO

Los seres humanos tenemos una relación con aquel sector de la naturaleza que hemos llegado a dominar a través de la historia. Como los antiguos griegos habían señalado, somos además propensos a lo que ellos llamaron *hubris*, el crimen del orgullo desmesurado.

Entonces olvidamos que en muchos casos, es la naturaleza quien dicta las reglas del juego, pues ella es quien quita y pone las cartas en la mesa del devenir planetario.

Así, el invierno de 2008-2009 en el hemisferio norte, por su crudeza y temperaturas extremadamente bajas, desafió todas las predicciones; se burló del cacareado calentamiento global.

En los últimos días de diciembre de 2008 llegamos a un París nevado el menor de mis hijos y yo. Desde el principio de nuestro viaje nos había acompañado el incesante bombardeo mediático que nos presentaba las imágenes terribles del ataque a Gaza efectuado por el Estado de Israel.



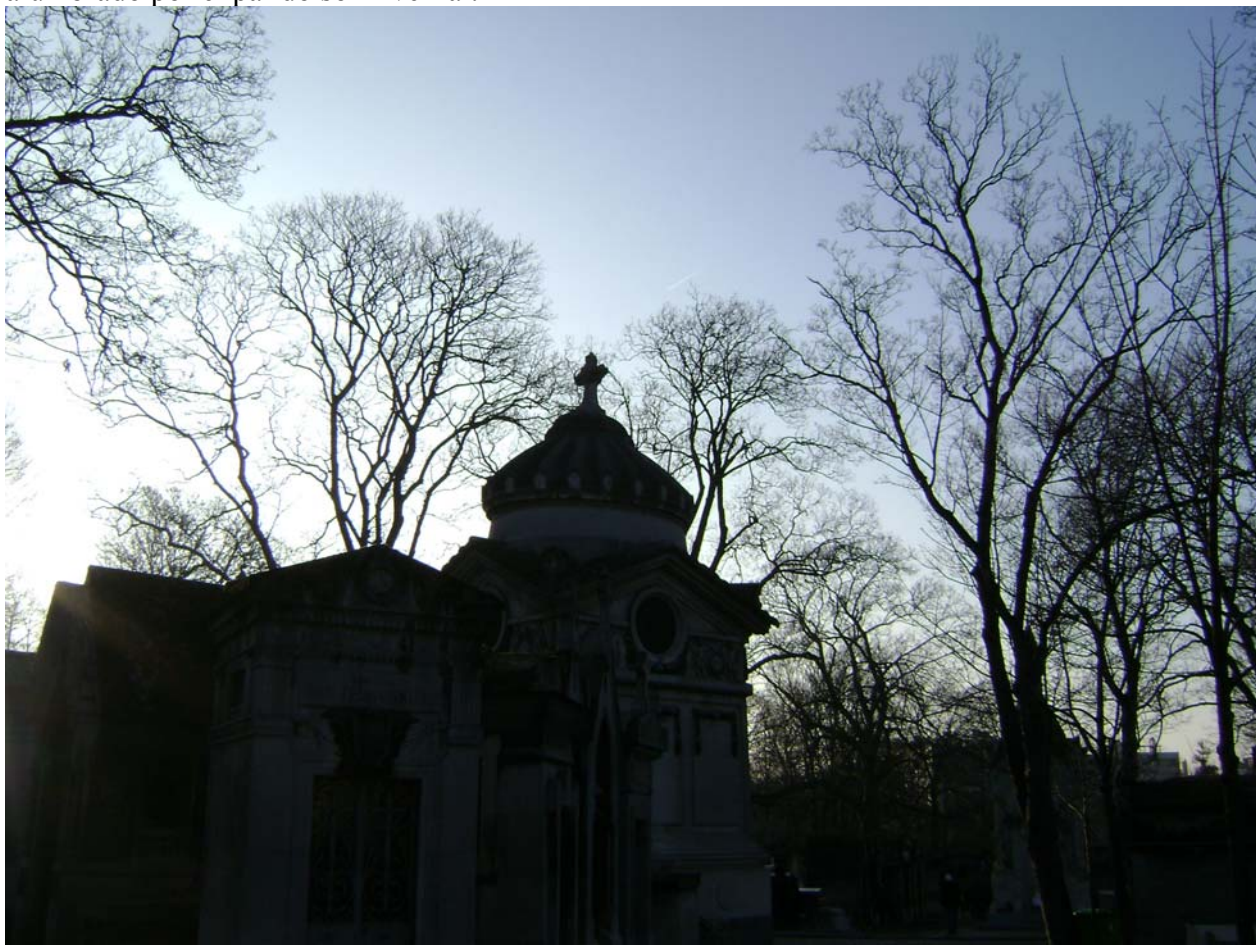
Al sentimiento de impotencia ante lo que estaba sucediendo, pues los niños y los civiles morían bajo el bombardeo, se unía otro semejante, al tener que enfrentar el intenso frío y no saber en qué momento surgirían problemas debido a lo intenso de las nevadas. Según los meteorólogos, hacía treinta años que no se presentaba un invierno igual. Sus observaciones revivieron memorias de mis años como estudiante de doctorado en París. En 1979, después de dos inviernos muy tolerables, vi caer la primera nieve en el patio del edificio de la Rue Servan donde alquilaba un apartamento de tipo estudio. La calefacción que hasta aquel momento se había desempeñado bien fue incapaz de calentar satisfactoriamente la única habitación. Para enfrentar el descenso de temperaturas tuve que dormir varias noches con el abrigo puesto.



En aquellos últimos días de 2008, mi hijo y yo pudimos comunicarnos con viejos amigos residentes en París. Apreciamos los platos de clásica gastronomía que los franceses ofrecen en sus hogares.

El 31 de diciembre acudimos al cementerio del Père Lachaise, pero se había impedido el ingreso debido al riesgo de resbalarse en el hielo.

Al fin se abrieron las puertas el sábado 3 de enero de 2009 bajo un claro cielo azul alumbrado por el pálido sol invernal.



Nos detuvimos un momento ante el Muro de los Federados, el sitio en que fueron fusilados los insurrectos de la Comuna de París. En el aire helado se marchitaban rosas rojas y ondeaban cintas rojas atadas a un gancho junto a la placa. Los cuervos graznaban desde las ramas desnudas de los árboles.



En la sección más antigua, las tumbas descuidadas desde hacía siglos mostraban cuán poderoso es el manto del olvido que nos cubrirá al morir. Pero algunas, muy visitadas, demostraban que algunos permanecen en la conciencia colectiva, como Federico Chopin.



En la sección más nueva, las tumbas de mármol recientes, algunas adornadas con estatuas y guirnaldas cursis, con títulos pomposos esculpidos en la paciente piedra, daban fe de cuán grande es nuestra vanidad.

A pesar del frío y de las noticias sobre los bombardeos en Gaza, los turistas de todo el mundo visitaban en aquel París lleno de luces el Jardín de Luxemburgo, Montparnasse o la Torre Eiffel.

En la tarde del primero de enero, la iluminación de esta emblemática torre de acero en medio de la niebla atrajo a muchísimas personas.



DE PARÍS A BERLÍN

No solamente el acre invierno, sino también disputas laborales y conflictos de controladores aéreos y de pilotos de Iberia nos hicieron temer que no podríamos trasladarnos a Berlín. Sin embargo el trayecto se pudo realizar como estaba previsto. Tuvimos la suerte de que viajamos en un periodo sin problemas; dos o tres días después comenzarían de nuevo los atrasos de los vuelos en Barajas.

Tanto para mi hijo como para mí Berlín era una ciudad desconocida. Aquella noche del 6 de enero, un taxista muy amable, Nana Yaw Osei Debrah, de Funk Taxi, nos trasladó hacia el este, a un hotel de la cadena Best Western construido en 2008, que ofreció excelentes servicios, según nuestro parecer.

El hotel se encontraba a cinco estaciones de U-bahn de Alexanderplatz, conocida por su torre construida por el régimen de Alemania Oriental.



Ya un amigo berlinés de mi hijo le había advertido que la ciudad era extensa. A pesar de que los nórdicos están acostumbrados a la nieve y al hielo, también allí las temperaturas eran extremadamente bajas, muy inferiores al promedio. Al día siguiente de nuestra llegada aparentemente bajó a 29° Celsius bajo cero.

La ciudad se veía muy próspera, había ventas de comida en todas partes y la gente iba correctamente vestida. Sin embargo, la crisis económica mundial también tuvo repercusiones brutales en aquel país de tan alto nivel de vida, como lo mostró el suicidio del industrial Adolf Merckle en la noche del lunes 5 de enero, el día antes de nuestra llegada. Este fallecimiento fue ampliamente cubierto por la prensa.

UNA ROSA DE HIELO

El jueves 8 de enero tomamos el U-bahn y descendimos en la estación de Lichtenberg, muy cerca de donde estábamos, para visitar el Städtischer Zentralfriedhof Friedrichsfelde, el cementerio de la región.

Como muchos barrios berlineses, Lichtenberg fue originalmente un pueblo en las afueras de la ciudad, que ya en el siglo diecinueve se incorporó al casco urbano. Se nota por el trazado de sus calles y por el tamaño reducido de los edificios.

Al salir de la estación del U-bahn nos equivocamos de dirección. Pasamos caminando más de una hora, tratando de preguntar a aquellas personas accesibles – porque había quienes ni siquiera nos respondieron – en lo que calculamos sería una temperatura de cinco o seis grados Celsius bajo cero. Buscábamos la Gudrunstrasse, con nuestra mezcla de alemán macarrónico e inglés, hasta que quien parecía un curtido y honrado obrero nos señaló hacia dónde quedaba. Después nos percatamos de que era muy fácil llegar.

Tanto de acceso a este vasto cementerio de 25 hectáreas como los árboles que crecen en sus jardines estaban cubiertos de nieve.



El encargado de la oficina de información nos recibió muy sonriente y nos entregó unos folletos informativos sobre las tumbas de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht, participantes de la insurrección espartaquista, quienes fueron asesinados precisamente noventa años atrás, en enero de 1919.

Aparte de dos mujeres que trotaban y una que paseaba a su perro, en la explanada del Memorial a los Socialistas había solamente unos empleados que parecían municipales limpiando la entrada del monumento.

Intenté hablar a uno que parecía discapacitado y se rehusó a contestar; pero la otra, una mujer robusta que manejaba con facilidad la pala, sí respondió al ¡*Guten morgen!*

Nos tomamos unas fotos y ellos se quedaron observándonos mientras lo hacíamos. No nos atrevimos a limpiar la nieve de las tumbas. Simbólicamente deposité una rosa de hielo sobre la de Rosa Luxemburgo, pues no había podido comprar una, debido a lo que nos había costado llegar.





Una vez presentada la rosa simbólica, acompañada de mis respetos, emprendimos el regreso a la estación del U-bahn.

En un cafetín cercano al portón de ingreso tomamos un chocolate caliente, que cayó bien después de la caminata sobre la nieve. Entendimos que un par de clientes hablaron sobre la ceremonia que se realizaría el domingo.

Aquella tarde, por medio de la televisión alemana, nos enteramos del terremoto de Cinchona en Costa Rica. Sabíamos que se refería a nuestro país, pero nuestro desconocimiento del alemán nos impedía entender de qué se trataba exactamente, por lo que acudimos al café Internet que quedaba a dos cuadras del hotel.

Nos entristeció verificar que ya se sabía de varios muertos, pueblos y carreteras destruidos. De nuevo, la naturaleza demostraba que ella era quien ponía las reglas del juego. Los nuestros en San José estaban bien y respondieron a nuestros correos, pero algunos amigos de San Pedro de Poás quedaron muy cerca del epicentro. Algunos de sus familiares tuvieron grandes pérdidas materiales.

Solamente faltaban tres días para nuestro regreso, así que no tenía sentido adelantar el viaje.

MANIFESTACIONES DEL FIN DE SEMANA

El sábado 10 de enero hubo una manifestación en contra de la guerra que Israel había desencadenado contra los palestinos. Yo me encontraba en Alexanderplatz, cuando vi que por los corredores del U-bahn corrían jóvenes con banderas de Palestina y una pareja ya madura que llevaba un letrero en alemán. Esa manifestación reunió a treinta mil personas. Aquello explicaba el movimiento de policías en la plaza.

Igualmente hubo manifestaciones en Londres, París, Marsella y en muchos otros lugares.

El domingo 11 de enero, día de la ceremonia oficial de conmemoración del aniversario de Luxemburgo y Liebknecht, llegamos a Lichtenberg a media mañana. Un río humano, una fila de ocho o diez en fondo, subía por las gradas de la estación del U-bahn y se dirigía hacia el cementerio.



Una joven me vendió tres claveles rojos en dos euros. Hubiera querido una rosa roja, pero no logré ver las que había a la venta sino hasta más adelante.

En la explanada delante del cementerio, que el jueves había estado casi desierta, se habían instalado ventas de cerveza, vino y flores, puestos de libros, revistas y periódicos.



No faltaba la típica parrillada de salchichas y panes. Se veía la grúa de una cámara de televisión. Más allá, del lado del pueblo, la policía cerraba el tránsito con varias patrullas.



Para poder subir a depositar los claveles hicimos fila durante casi media hora. Por unos altoparlantes transmitían música de piano, detalle que no fue de mi gusto. El silencio del jueves me había parecido más acorde con el imponente cementerio nevado. Las tumbas de Rosa y de Karl estaban cubiertas con muchísimas flores rojas; también las había, aunque no tantas, en las otras del monumento.







Posiblemente algunos de los ancianos correctamente vestidos que se reunían a charlar en círculos eran lo que quedaba del partido estalinista alemán. Percibí que había varias otras organizaciones políticas presentes.

Lo más importante era que habían acudido personas como yo, que sencillamente habían querido llegar aquel día. Allí quedaron, tanto mi rosa simbólica de hielo, que no se marchitaría, como los tres claveles rojos, que sí lo harían.

Emprendimos el regreso, preocupados por las noticias cada vez más tristes sobre el terremoto de Cinchona.

Desde el mismo cementerio y más allá de sus muros, en la vasta y poderosa ciudad de Berlín se seguirían viviendo antiguos y nuevos conflictos con el telón de fondo de una crisis económica mundial.

(Las fotos son de Bernardo Montes de Oca (2008-2009) y se reproducen con su permiso).

(Texto de Alicia Miranda Hevia, enero de 2009).